

DESENCADENADAS ¹

POR MARÍA CAROLINA FERRARIS

En algún lugar una brisa tibia se colaba a través de las rejas y mecía una cortina. Un sol amanecido perforaba las celosías y dibujaba extrañas figuras sobre la pared.

En ese lugar, una mujer, por aferrarse al sueño, entablaba un combate con la luz, los sonidos y el aroma a café que se empeñaban en arrancarla del lecho y sumergirla en la cotidianidad del día que iniciaba.

En algún lugar, la voz del *muezín* llamando a la oración, obligaba a los estambulíes a sacudir la modorra. A medida que el sol se elevaba sobre las cúpulas de las mezquitas, un calor húmedo, pegajoso, se apoderaba de la ciudad.

Los hombres acudían presurosos a cumplir con Alah. El andar distendido, risueños muchos, algunos en pequeños grupos, la mayoría ataviados con ropas livianas y de claros colores, después de la oración, se encaminarían a las ocupaciones.

Contrastaban fuertemente esos hombres con los bultos negros que se cruzaban con ellos de vez en cuando. Había que adivinar que debajo de esas acumulaciones de telas, superpuestas unas sobre otras, que dentro de esas sombras oscuras que se deslizaban silenciosas y se apretaban contra la pared ante el paso de los hombres, se ocultaban mujeres.

¹ Una versión preliminar, denominada “Encadenadas” fue publicada en 2016, en la obra compilada por MERCEDES FERNÁNDEZ: “Taller de la Palabra”. Mendoza, Librea.

En aquel lugar del *harem* donde *la mujer* se aferraba al sueño, el día había comenzado antes de la salida del sol. Los eunucos, únicos hombres a quienes se permitía la permanencia en el sitio porque ya no eran tales, habían hecho correr el agua por los jardines y los patios embaldosados para prevenir el calor que apretaría horas más tarde.

Las esclavas se habían afanado en las cocinas y los baños: todo debía estar terminado y en perfecto orden cuando la Sultana Madre se levantara. Luego lo harían las esposas y concubinas del Sultán, a cuyo alrededor se arremolinarían las siervas con el servicio de café y manjares para el desayuno.

La mujer que no quería abrir los ojos, se preguntó qué diferencia había entre ella y las demás esclavas. Si se levantaba luego del desayuno, se sumergiría en una tina de agua tibia, en la que una sirvienta le lavaría los cabellos y acariciaría la piel con una esponja suave. Luego la envolvería en toallas y friccionaría el cuerpo con aceites perfumados. Más tarde llegaría la ceremonia de la vestimenta: crujiertes sedas de colores delicados se irían plegando para cubrirla. Completarían el rito las joyas que adornarían manos y cuello. Todo eso la diferenciaba de las mujeres del servicio.

Pero si tenía que salir a la calle, algo poco frecuente y sólo ante el imperativo de la Gran Sultana, a quien a veces se le antojaba enviar a las esposas del hijo a *Kapali Çarsi* en busca de alguna baratija, entonces, se transformaría en un negro bulto deforme, exactamente igual que las demás mujeres. Y si el Sultán la requería en las habitaciones privadas, no importarían los deseos ni el lugar de segunda esposa: allí también debería transformarse en esclava. Eso era lo que la asemejaba con las mujeres de la servidumbre. Era lo que la asemejaba a tantas mujeres.

En ese lugar, en ese momento, apretando los ojos para que la luz no la despabilara, *la mujer* también apretó la mano. En ella alguien había deslizado un

frasquito con un líquido translúcido. Sería lo único que podía marcar la diferencia, sería lo único que la llevaría hacia la liberación definitiva.

En otro momento, en otro lugar, a otra mujer amarrada a un camastro metálico, le estalló el corazón. Fue tan repentino que el verdugo la miró asombrado, con la picana humeante aún, aferrada en la mano. Sintió la impotencia frente a la víctima que había logrado escapar.

Otra mujer había alcanzado una liberación definitiva en algún lugar.

María Carolina Ferraris Salas
Un día de diciembre de 2009.

En homenaje a las desencantadas, aquellas abuelas, madres, hijas, hermanas que dieron y continúan dando la vida para la libertad.

En homenaje a mi abuela, de quien aprendí la ternura, el juego, la capacidad de ser feliz con las cosas simples.

En homenaje a mi mamá, quien me enseñó el amor por los libros y me alentó siempre a escribir.²

² En mi infancia, mi madre me obsequió “Les desencantées” de Pierre Loti, alentándome, siempre, a leer sobre otras culturas. A través de la lectura, con descripciones detalladas de una mágica Istanbul, me enamoré de esa ciudad sin conocerla.

Por fin, en 2009, pude llegar hasta las orillas del Bósforo y adentrarme en una de las ciudades más bellas y enigmáticas que conozco. Allí, en el corazón de Istanbul, se encuentra el Palacio Top Kapi, que guarda celosamente el harem –entre muchas joyas-, como recuerdo del período otomano.

Un mes después del regreso, mi madre falleció. De esas historias entrelazadas de pasados y presentes, de amores y desamores, nació este relato.

En homenaje a la Kelly, Raquel María Moretti, periodista, detenida-desaparecida desde el 7 de diciembre de 1976, de quien aprendí el significado de la justicia social.